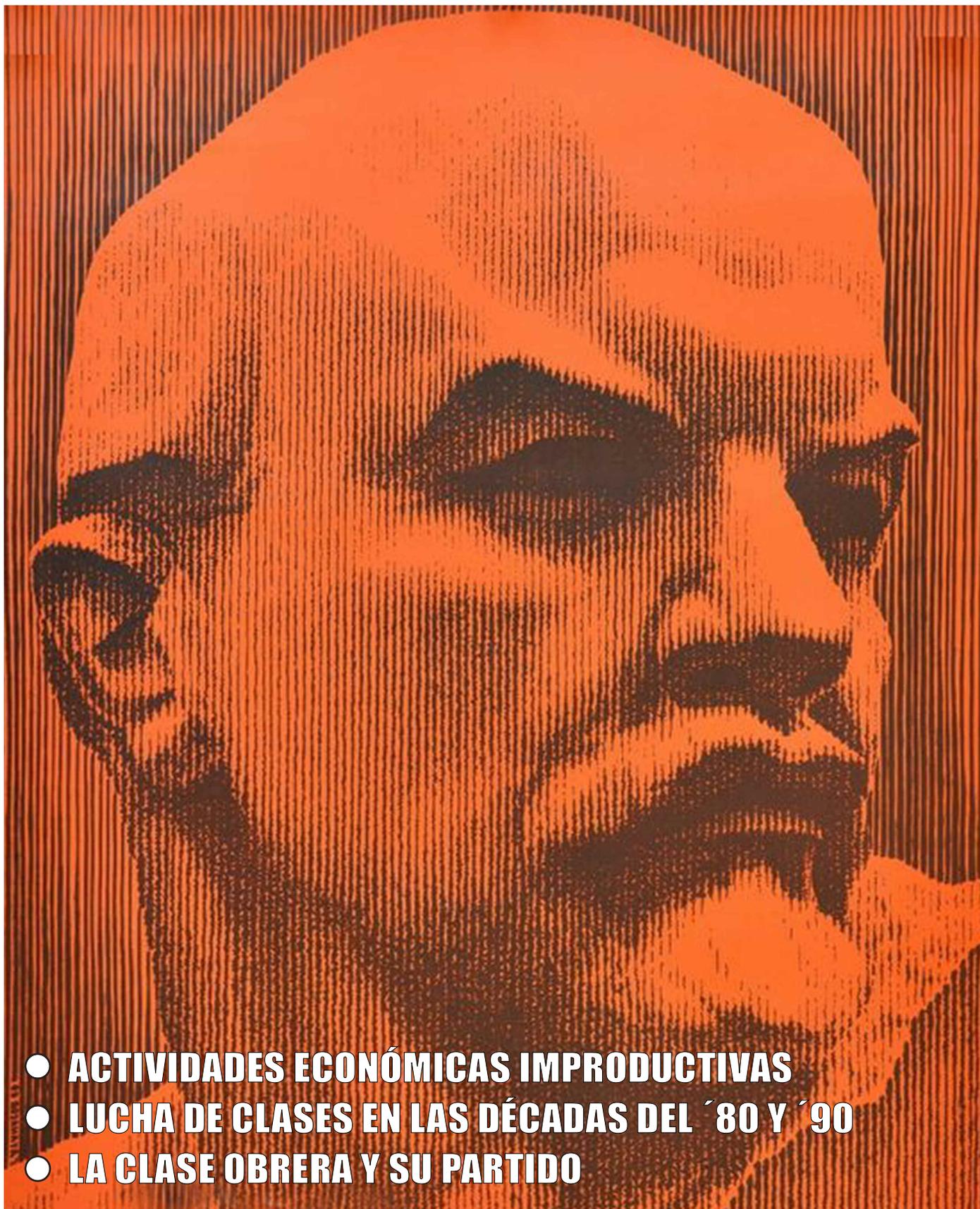


La Comuna

Nº 116 ★ Agosto de 2021
Precio de Tapa: \$ 50.-

Revista teórica y política del PRT
Partido Revolucionario de los Trabajadores



- **ACTIVIDADES ECONÓMICAS IMPRODUCTIVAS**
- **LUCHA DE CLASES EN LAS DÉCADAS DEL ´80 Y ´90**
- **LA CLASE OBRERA Y SU PARTIDO**

A modo de Editorial

Nuestra revista "nació" hace veinte años con el objetivo de ir alternando diferentes tipos de contenidos, ya sea investigaciones, divulgación de la ideología revolucionaria y análisis con fundamentos teóricos y políticos desde el marxismo leninismo.

Siempre al compás de la lucha de clases y con el desafío de convertirse por un lado en una verdadera "piedra en el zapato" de los planes de la burguesía en nuestro país y con el horizonte de ser una verdadera herramienta de formación y estudio para las nuevas camadas de las y los revolucionarios.

El tiempo dirá si lo vamos logrando, pero en el mientras tanto invitamos a las y los lectores de **La Comuna** a explorar este nuevo número, en donde publicamos tres artículos que consideramos muy interesantes y actuales.

En primer lugar la Introducción de un trabajo que venimos desarrollando respecto a las **Actividades Económicas Improductivas** (dentro de las que se encuentran las de denominado "sector de servicios"), haciendo primero una caracterización de su papel en el proceso de reproducción social para después ver la forma que adquiere su proceso de trabajo.

Luego, a partir de la página central, encontrarán un artículo que analiza (en este número de forma introductoria) **el proceso de la lucha de clases en la Argentina durante los años ochenta y los años noventa**, transitando los principales "hitos" de aquellos años y de fundamental valía para entender el proceso que hoy estamos viviendo.

Y por último presentamos una nota sobre un tema que para nosotros es de vital importancia: **la necesidad de fortalecer y seguir construyendo el partido de la clase obrera**, absolutamente independiente de cualquier institucionalidad burguesa y de cualquier intento de conciliación de clases.

Las temáticas que presentamos, desde distintos análisis bien concretos tienen como objetivo profundizar en los problemas en los que estamos parados hoy, y poder contar con nuevos y más elementos que permitan al campo revolucionario dar pasos hacia adelante en los desafíos del ahora. ★

prtarg.com.ar



APARENTEMENTE TODO EL PUEBLO ELIGE SUS GOBERNANTES. PERO EN REALIDAD (...) LAS CANDIDATURAS SON DETERMINADAS POR EL PODER DEL DINERO (...) SERÍA UN GRAVE ERROR CREER QUE A TRAVÉS DE LAS ELECCIONES ES POSIBLE ENCONTRAR ALGÚN TIPO DE SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DE FONDO DE LA CLASE OBRERA

PODER ...Y PODER...
SANTUCHO

La Comuna

Revista teórica y política del PRT

Partido Revolucionario de los Trabajadores

Publicación bimensual. Año XX°

www.prtarg.com.ar

prtarg.com.ar

visita
nuestra
nueva
página
web



ACTIVIDADES ECONÓMICAS IMPRODUCTIVAS: INTRODUCCIÓN

*Para caracterizar el papel político y económico que cumplen las y los trabajadores del llamado “sector de servicios” es necesario primero hacer una caracterización de su papel en el proceso de reproducción social primero, y la forma que adquiere su proceso de trabajo, después. En esta nota introductoria planteamos el marco general de nuestro análisis para luego (en próximas entregas de **La Comuna**) ir abordando y analizando cada una de las actividades económicas del llamado “sector de servicios”.*

Uno de los grandes aciertos de Marx fue señalar las condiciones objetivas que hacían del proletariado industrial la clase revolucionaria.

A esa conclusión no llegó de casualidad, ni por capricho, ni tampoco porque la clase obrera en ese entonces fuera el sector más dinámico de la lucha de clases. Al contrario, el proletariado todavía no había adquirido independencia política e iba a la saga de la burguesía.

Al respecto Engels le escribía a Marx el 22 de febrero de 1845, sobre la situación en Alemania “*Ayer, en la sala más grande del mejor restaurante de la ciudad, celebramos la ter-*

cera asamblea comunista. A la primera asistieron 40, a la segunda 130, y a la tercera por lo menos 200 personas.

Todo Elberfeld y todo Barmen, empezando por la aristocracia del dinero y terminando con los tenderos al por menor, estuvieron representados, con la sola excepción del proletariado”.

Esta situación cambiaría en la segunda mitad del siglo XVIII, poco a poco el proletariado se fue identificando como clase e interesándose por la vida política hasta dar el salto cualitativo cristalizado en La Comuna de París, cuando por primera vez en la historia irrumpe con independencia de clase y enfrentado mundialmente a la burguesía.

4 Después de La Comuna resultaba muy fácil hablar del proletariado como clase revolucionaria, pero antes la situación era mucho más compleja y difusa.

Las clases sociales predominantes en la sociedad, aparte del proletariado, eran los vestigios de la aristocracia, la gran burguesía, pequeña burguesía urbana, y el campesinado, como forma particular que es la pequeña burguesía rural.

Para llegar a sus conclusiones, mucho antes de La Comuna, Marx y Engels estudiaron en profundidad el papel que la clase obrera cumplía en el proceso de producción social, y descubrieron dos elementos importantísimos: primero y principal, que el valor es generado por el trabajo humano en el proceso de trabajo; es decir qué valor es tiempo de trabajo socialmente necesario para producir un bien.

A partir de allí determinaron el papel crucial que cumple la clase obrera como la clase que genera todas las riquezas, y que por tanto está ubicada en el eslabón de la reproducción social más sensible, con intereses irremediablemente contrapuestos a los de la burguesía.

El otro elemento que descubrieron es que en la gran industria el propio proceso de trabajo educa y organiza a la clase obrera en el trabajo colectivo, independientemente de su voluntad, a la vez que concentra geográficamente a la clase productora.

Fue el estudio científico de las relaciones de producción lo que llevó a Marx y Engels a postular el papel histórico que está llamado a cumplir el proletariado industrial, y no un capricho de época. Años más tarde, la historia les daría la razón.

De aquella época hasta hoy mucho ha cambiado la composición social de las clases. Con el avance de la concentración económica a nivel mundial, millares de pequeños burgueses fueron a la quiebra y se convirtieron en proletarios; las y los profesionales vieron descender su estatus económico y convertirse en asalariados promedio que ganan lo mismo, o menos, que las y los obreros de la gran industria.

Desde ese punto de vista la masa de desposeídos en el mundo no ha ido más que en aumento. Sin embargo, quienes insisten en anunciar el fin de la clase obrera como sujeto histórico universal, aunque estén vestidos de rojo o de amarillo, se aferran a lo siguiente: a partir de la década de 1970 la población obrera (es decir, los asalariados industriales) ha disminuido proporcionalmente respecto al resto del proletariado, mientras se observa un crecimiento de las y los asalariados del llamado “sector terciario” o “sector de servicios” de la economía: bancarios, docentes, médicos, oficinistas en general, científicos, transporte, etc. Se trataría de un sector de la economía que no trabaja en la transformación directa de la materia.

La discusión sobre el papel de estos sectores, en la Teoría del Valor, se traduce en la definición de lo que es el *trabajo productivo* y lo que es el *trabajo improductivo*.

Una forma degenerada de este debate son el concepto de *producción material* y *producción inmaterial* cuyo centro de debate radica en determinar si la producción inmaterial genera valor o no.

Además, como la disminución de la población obrera relativa se opera a partir de la década de 1970 de manera muy aguda, aquellos fueron los años en los que más se debatió el tema. Las y los lectores más grandes recordarán aquellas discusiones sobre si “los bancarios generan valor o no”.

Del debate de la década de 1970 la idea que se impuso en las discusiones fue la de las corrientes socialistas que en oposición al marxismo “duro” que establecía como trabajo productivo solo a la producción industrial, terminaron formulando que “todo trabajo que genere una ganancia para el capitalista es productivo”.

Sobre este debate volveremos más adelante, pero es dable mencionar que la teoría contable de la URSS se oponía a esta posición, considerando como productivo solo el trabajo material, mientras que la contaduría cubana adoptó como metodología el considerar cualquier actividad que rinda una ganancia como productiva (de ahí que el turismo la consideren como una industria).

Antes de meternos de lleno en el debate teórico queremos mencionar otra cuestión.

Según Marx, en la segunda mitad del siglo XVIII existían en Reino Unido 775.534 obreros y obreras industriales, mientras que tan solo en Inglaterra la población de criadas domésticas ascendía a 1.000.000.¹ Con lo cual, esto de por sí desarma ese pensamiento idealista que pinta a Inglaterra, cuna de la Revolución Industrial, como un país donde el 90% de la población fueran obreros y obreras industriales.

Eso es una mentira, y así y todo, Marx y Engels estudiaban el problema del proletariado industrial por su papel en la reproducción social, y no porque “fueran muchos y estaba de moda”.

Por eso, para caracterizar el papel político y económico que cumplen las y los trabajadores del llamado “sector de servicios” es necesario primero hacer una caracterización de su papel en el proceso de reproducción social primero, y la forma que adquiere su proceso de trabajo, después.

Eso, a nuestro criterio, es aplicar el marxismo ¿Cómo pueden las y los docentes, investigadores, oficinistas, estudiantes, pilotos, azafatas, estatales en general, etc., golpear al capital? ¿Desde dónde pueden ganar sus conflictos para agudizar el proceso de lucha de clases? Si no entendemos el papel que cumple en la producción social cada sector, vamos a estar golpeando a tuestas. Y golpeando a tuestas va a ser muy difícil –por no decir imposible– plantar una alternativa revolucionaria a este sistema.

LA DOBLE DEFINICIÓN DE TRABAJO PRODUCTIVO

Marx no llegó a preparar un material de fondo sobre su concepción del trabajo productivo e improductivo. Sus escritos sobre el tema datan del libro Teorías sobre la Plusvalía (TSV) que constituían los apuntes para lo que sería el cuarto tomo de El Capital: la historia de la teoría del valor. Lenin tampoco tuvo acceso completo al este libro de Marx (accedió a una versión recortada y manipulada por Kautsky). El libro está escrito a modo de investigación, es decir que Marx está re-

flexionando sobre sí mismo respecto al tema. No se trata por tanto de un escrito acabado, sino de sus propios apuntes para estudiar el tema. De ahí la doble interpretación que se puede hacer del concepto de trabajo productivo, el carácter contradictorio de su exposición, y en consecuencia, que las distintas corrientes tiendan siempre a tomar las citas convenientes a su postura para justificarse.

En definitiva allí Marx analiza el concepto de trabajo productivo de Adam Smith (AS), quien a su vez daba una *doble definición*:

La definición de carácter social: trabajo que se cambia por capital, produciendo una ganancia para el capitalista.

La definición según el tipo de trabajo: trabajo que se materializa en una mercancía concreta, material.

La primera definición

En realidad es la menos polémica de las dos. La fuerza de trabajo, mercancía que el obrero sale a vender en el mercado de trabajo, cumple con los dos elementos de cualquier mercancía: tiene un valor de uso y un valor de cambio.

El capitalista compra esta mercancía por un determinado valor de cambio (salario) y dispone con ello de la mercancía *fuerza de trabajo* para utilizar su valor de uso. Hasta acá, como cualquier mercancía. La diferencia radica en que el valor de uso de esta mercancía específica tiene una propiedad única: la capacidad de valorizar capital.

Ahora bien, la fuerza de trabajo puede usarse para valorizar capital y reproducirlo, o bien puede consumirse de manera íntegra, es decir, utilizarse de forma improductiva, sin generar ningún excedente. El valor de uso de la fuerza de trabajo solo existe potencialmente, no se realiza si no es puesto en movimiento en un proceso productivo que valore al capital (...P...). Entonces, la plusvalía se crea solo si la fuerza de trabajo se pone a funcionar frente al capital para incrementarlo, de lo contrario es intercambio de equivalentes. Si sucede lo primero, el proceso de trabajo genera plusvalía, de lo contrario solo reproduce la existencia de la fuerza de trabajo.

¹ K. Marx, Teorías sobre la plusvalía. Editorial Cartago. Marx lo escribió en base a relevamientos de 1862.

6 La fuerza trabajo es potencial, no se realiza como valor de uso en tanto su comprador no la pone a funcionar en un proceso de valorización de capital.

Por eso el valor expresa una determinada relación social: si el capitalista paga a un trabajador para que haga un trabajo concreto, como ser trabajo doméstico o la instalación de un aire acondicionado, no como parte de un proceso productivo, sino como parte del consumo individual, entonces no está pagando por la mercancía “fuerza de trabajo” sino que está cambiando renta por trabajo.

De nuevo: la fuerza de trabajo es solo potencial, es la capacidad del trabajo humano de valorizar capital, pero esto solo puede suceder si el trabajo humano se pone a funcionar frente al capital para valorizarlo, es decir, si se cambia trabajo por capital, y no trabajo por renta.

Así, bajo esta definición, una cosa es el actor de teatro que actúa solo en la calle, cambiando trabajo por renta con sus espectadores, y otra cosa es el actor contratado por un teatro o un estudio cinematográfico como empleados asalariados con el objetivo de obtener una ganancia.

Aquí existe una relación de producción capitalista, y una valorización aparente del capital desembolsado, que el capitalista percibe bajo la forma de ganancia; se trata de un cambio de capital-trabajo y no de renta-trabajo como en el primer caso; se hace uso de la fuerza de trabajo en cuanto valorización del capital.

Vea el lector que aquí no se juzga el *proceso de trabajo* puesto que en ambos casos estamos hablando de la misma actividad (el espectáculo), sino de la relación de producción por la cual se ve mediada dicha actividad.

Esta definición de AS, en palabras de Marx, es la más correcta de todas, puesto que define al trabajo productivo como una relación de producción para un momento histórico determinado: el capitalismo. Entonces, y aquí no hay mucha discusión con las corrientes hegemónicas, *trabajo productivo es todo aquel que se pone a funcionar para valorizar al capital.*

La segunda definición

Es la más polémica. En la segunda definición de AS el trabajo para ser productivo debe estar materializado en una mercancía concreta. Al analizar esta segunda definición Marx explica que el mundo de las mercancías puede dividirse en dos: las mercancías materiales, que sirven como fondo de consumo social, y la propia fuerza de trabajo.

(...) Pero sigue siendo cierto que la mercancía aparece como trabajo pasado, objetivizado, y que por consiguiente, si no aparece en la forma de una cosa, sólo puede aparecer en la forma de la propia fuerza de trabajo, pero nunca, de modo directo, como el propio trabajo vivo. (...) Por eso el trabajo productivo sería el que produce mercancías o de manera directa crea, adiestra, desarrolla, mantiene o reproduce la propia fuerza de trabajo. (...) Así pues, en la medida en que prescindimos de la propia fuerza de trabajo, el productivo es trabajo que crea mercancías, productos materiales, cuya producción ha costado una cantidad definida de trabajo o de tiempo de trabajo. Estos productos materiales abarcan todos los productos del arte y la ciencia, los libros, los cuadros, las estatuas, etc., en la medida en que adoptan la forma de cosas. Pero además el producto del trabajo debe ser una mercancía, en el sentido de ser “alguna mercancía vendible”, es decir, una mercancía en su primera forma, que aún tiene que pasar por su metamorfosis”

“Aparte de tales casos, el trabajo productivo es el que crea mercancías y el trabajo improductivo el que produce servicios personales. El primero se representa en una cosa vendible; el segundo debe consumirse mientras se lo ejecuta. El primero abarca (aparte del trabajo que crea la propia fuerza de trabajo) toda la riqueza material e intelectual –la carne tanto como los libros– que existe en forma de cosas; el segundo abarca todos los trabajos que satisfacen una necesidad imaginaria o real del individuo, o inclusive las que se imponen al individuo contra su voluntad”²

² K. Marx, Teorías sobre la plusvalía. Editorial Cartago. Páginas 145-146

Como vemos, Marx no niega la segunda definición, sino que la considera incompleta por cuanto no contempla al valor en cuanto expresión de determinadas relaciones de producción.

Además, para ser productivo, el producto del trabajo debe adquirir la forma de mercancía, y por tanto, susceptible de incorporarse al proceso de circulación. De este último aspecto concluimos que el trabajo productivo, para ser tal, debe cumplir con las dos definiciones de AS, no con una sola: debe ser trabajo que se cambia por capital y trabajo que se objetiviza bajo alguna forma mercantil. Y la mercancía, como tal, debe ser concreta, puesto que de lo contrario *no puede ingresar al proceso de circulación ni constituir, por tanto, parte del fondo de consumo social*.

Para que exista el trabajo improductivo, *aparece como condición previa la existencia de un fondo de consumo, que es creado por el trabajo productivo*.

Tomemos el ejemplo del actor de teatro: si es empleado como asalariado por una compañía, el capitalista del teatro desembolsa capital en salarios y en capital constante (escenario, vestuarios, etc.). Pone a funcionar la obra, cobra las entradas, y obtiene una ganancia.

Es decir que *a sus ojos consiguió valorizar su capital* pero el producto de la obra teatral se desvanece, constituye el goce del espectador, pero *no incrementa el fondo de consumo social*; aparece como un gasto para la sociedad.

Los alimentos que el actor compra con su salario, y las materias primas para el vestuario y el escenario, todo eso es generado por el

trabajo productivo, ese fondo de consumo ⁷ social no puede ser aportado por la empresa teatral, de la misma manera en que los especuladores de la bolsa no generan valor, a pesar de obtener enormes ganancias, por muchos cadetes, contadores y economistas que contraten como asalariados.

En definitiva, el trabajo improductivo consiste en la sustracción de una cuota de ganancia en la órbita de la circulación de capitales, mas no constituye un espacio de generación de valor. Y esto no depende de las y los trabajadores, ni de la naturaleza de las mercancías. Un cartucho de dinamita puede ser utilizado de manera productiva para la explotación minera, o de manera improductiva como bomba en un conflicto armado. Sigue siendo un cartucho de dinamita.

De la misma manera, las y los asalariados seguimos siendo proletarios, independiente de la rama laboral para la cual nos contrate el capitalista. Lo que va a cambiar es en qué proceso de trabajo nos vamos a desempeñar, y por lo tanto, que capacidades objetivas tenemos de golpear al capital, cómo y en qué sentido.

Un técnico mecánico puede ser empleado por una fábrica, por un laboratorio de I+D o por el departamento de ventas de una cadena comercial de lavarropas. No depende de la voluntad de nuestro técnico mecánico.

Sin embargo, la capacidad que tendrá de golpear las ganancias globales de la burguesía serán diferentes de acuerdo al sector donde le toque ser explotado.

En las próximas entregas nos detendremos a analizar cada una de las actividades económicas del llamado "sector de servicios". ★

**Para que exista el trabajo improductivo,
aparece como condición previa
la existencia de un fondo de consumo,
que es creado por el trabajo productivo.**

LUCHA DE CLASES EN LAS DÉCADAS DEL 80 Y 90

La actual situación de debilidad de la clase obrera en cuanto a su papel en la lucha política nacional está atravesada por el triunfo de la ideología de la clase dominante sobre las ideas revolucionarias durante las décadas del 80 y del 90, con la consecuente supremacía de las concepciones políticas y organizativas de la burguesía que se expresan en la conciliación de clases y en el límite que se impone para la lucha en los marcos de la “representatividad” que conlleva la democracia burguesa.

La caída de la dictadura militar instaurada en marzo de 1976 es presentada por la ideología dominante como producto de la aventura de la Guerra de Malvinas.

Se oculta así que la decisión de llevar adelante esa guerra fue una fuga hacia delante de un gobierno que, pese a la utilización del Terrorismo de Estado para derrotar la lucha revolucionaria y aplicar un plan económico que configuraría un profundo cambio en la estructura económica del capitalismo en Argentina, nunca logró una estabilidad política duradera precisamente por la resistencia presentada, principalmente, por la clase obrera en miles de acciones que resultaron decisivas para que aquel gobierno no pudiera estabilizarse.

Los sabotajes a la producción y tomas de establecimientos, pasando por medidas de todo tipo que apuntaban a manifestar dicha resistencia, llegando a huelgas que comenzaron por sectores o gremios determinados para convertirse en manifestaciones políticas que exigían el fin de la dictadura, fueron el marco en el que ésta,

con Galtieri a la cabeza, decidieron la invasión a Malvinas como último recurso para intentar su permanencia y que terminó siendo el certificado de defunción del gobierno militar.

Esta pequeña introducción tiene como fin establecer el marco en el que la clase obrera se expresó durante ese período para abordar un análisis histórico, político e ideológico sobre el derrotero de las luchas obreras luego de la caída de la dictadura hasta la década del 90, con el fin de desentrañar un proceso muy complejo que ayude a entender la situación actual de la clase de vanguardia y las tareas de los revolucionarios para avanzar en la construcción del proyecto político que tiene como norte la lucha por el poder y el socialismo.

LOS CAMBIOS EN LA BASE MATERIAL Y EL NUEVO PAPEL DE LOS MONOPOLIOS

La política económica implementada por la dictadura militar constituyó una profunda modi-

ficación de la base productiva del país. Más que un plan económico puntual fue todo un programa de reestructuración de la economía argentina que en los 90 (como veremos más adelante) se consolidaría definitivamente.

No es la intención de este artículo desarrollar las medidas en particular sino expresar que, a través de la liberalización general de los mercados, la apertura al exterior de la economía, los cambios promovidos en la legislación laboral, el fin de aquel gobierno fue llevar adelante un programa para promover una nueva inserción de Argentina en la división internacional del trabajo.

Ese proceso trajo una profunda modificación en la conformación de los sectores de la clase dominante. Una burguesía monopolista, con algunos integrantes de origen nacional pero altamente ligada al capital financiero mundial, se convirtió en el sector hegemónico que se impuso definitivamente a otros sectores en una disputa que venía de décadas; incluso con la violencia ejercida desde el Estado.

Precisamente, el rasgo distintivo de toda esa etapa es la consolidación de los monopolios en el control, ya no de ramas enteras de la producción y los servicios, sino del propio Estado burgués materializando el Capitalismo Monopolista de Estado. Este proceso, que se consolidará en las casi cuatro décadas de democracia burguesa transcurridos hasta nuestros días, traerá como consecuencia un cambio cualitativo en el papel de la clase dominante y sus representaciones políticas, económicas y sociales.

Nos referimos a partidos políticos, sindicatos, asociaciones empresarias, justicia, etc., que pasarían a adecuarse a esta nueva base material. Los llamados grupos económicos y las transnacionales, sectores capitalistas altamente integrados y diversificados, salieron de la dictadura con un predominio objetivo que significó el paulatino control de la economía argentina, proceso que no fue lineal ni de un día para el otro, y que desarrolló un altísimo grado de concentración y centralización de capitales que se correspondió con el control del Estado y de las decisiones, con lo cual esa pequeña capa de la burguesía fue la que comandó una nueva forma de acumulación capitalista.

Ya no sería toda la clase burguesa la que estaría al mando de las decisiones estatales y de los gobiernos sino la facción que pudiera imponerse, de acuerdo a cómo se encontrara posicionada en cada etapa en la lucha intermonopolista que, valga aclararlo, nunca cesa sino que se pro-

fundiza bajo la forma de la competencia, ya no entre capitales individuales, sino entre capitales concentrados en monopolios que expresan al capital productivo en alianza con el capital bancario, entrelazamiento que origina lo que Lenin denominó el capital financiero y su correlato, la oligarquía financiera.

LA DÉCADA DEL 80 Y LA CLASE OBRERA

Derrotada la dictadura y con la instauración de la democracia burguesa con el triunfo de la Unión Cívica Radical (UCR), pasada la primera etapa de reacomodamiento y puesta en funciones del nuevo gobierno, éste intenta llevar adelante distintos planes de estabilización económica (con el título de “planes antiinflacionarios”) que apuntaban, en esencia, a crear las condiciones para la aplicación de un ajuste en la economía con la intención de generar las bases para la apropiación de la plusvalía social por parte de los grupos monopolistas que comandaban la economía.

La llamada “economía de guerra”, el Plan Austral y el Plan Primavera fueron los instrumentos con los que se intentaba concentrar recursos para el pago de la deuda externa (que había crecido exponencialmente durante la dictadura) vía recortes del déficit fiscal y sucesivas devaluaciones, con el consecuente ataque al nivel de vida de las masas populares.

Estas intenciones se encontraron con una fuerte resistencia por parte del movimiento obrero, resistencia que, en el mismo transcurso de los acontecimientos, iría cambiando de actores y de formas.

LA HUELGA DE LA FORD

Poco tiempo después de la instauración del Plan Austral se daría una experiencia de las más importantes de ese proceso en el enfrentamiento entre capital-trabajo. Entre el 26 de junio y el 14 de julio de 1985 se produjo la ocupación de la planta de Ford Motors Argentina, ubicada en General Pacheco, zona norte del Gran Buenos Aires.

A pesar de la represión desatada en dicha empresa durante la dictadura (con desaparición de activistas obreros y hasta el funcionamiento de un campo de detención clandestina en el predio donde se ubica la planta), en 1985 se había constituido una Comisión Interna que no res-

10 pondía a la dirección Nacional del SMATA, comandada por José Rodríguez.

Dicha comisión estaba integrada por integrantes de diversos partidos de izquierda e independientes. Ante el despido de 33 trabajadores una asamblea de 3.800 obreros (de un total de 4.500), que violaba un acuerdo firmado en mayo de ese año entre la CI y la empresa, decide la toma de la planta.

En respuesta, la conducción de la empresa resuelve retirar las herramientas de las secciones de la fábrica y el retiro del personal administrativo. Es decir, quedaba clara la intención empresarial de llevar a fondo el conflicto con intenciones de quebrar la organización de los trabajadores.

La respuesta de la empresa fue acompañada por la conducción nacional del gremio y por el gobierno. Desde un principio éste condenó la acción obrera, negó los pasos de conciliación por parte del Ministerio de Trabajo y, lo fundamental, desplegó una ofensiva política e ideológica en contra de los métodos de acción obrera argumentando que ahora las "instituciones democráticas" debían ser el canal por el que se resolvieran los conflictos.

Este dato cobra suma relevancia ya que esa sería la constante de toda una política de la burguesía monopolista para que la conflictividad no se saliera de los marcos institucionales de la democracia burguesa, política que se profundizaría con el inestimable aporte de los sindicatos conducidos por las burocracias peronistas, y que hasta el día de hoy se ha convertido en un poderoso muro de contención de la organización obrera independiente.

Si bien la huelga contó con una organización y planificación para sostener la ocupación (con las decisiones tomadas en asambleas y el ejercicio de la democracia obrera), la adhesión de otros sectores obreros, partidos políticos, artistas y organizaciones sociales (como las Madres de Plaza de Mayo) y se daba en paralelo a otros paros, huelgas y ocupaciones (los datos de la época reflejan 60 movilizaciones, 41 paros y 33 ocupaciones de fábricas)(1) no se logró una fuerza política que pudiera fortalecer la demanda de los trabajadores los que fueron desalojados por una fuerza represiva de más de 2.000 efectivos, helicópteros, tanquetas, policía montada y motorizada; es decir, todo el aparato represivo del Estado en función de la defensa de la sacrosanta propiedad privada, con el resultado además del descabezamiento y despido de la CI y cuerpo de delegados que llegó a un total de 338 obreros despedidos más los 33 que originaron el conflicto.

No es motivo de este artículo abrir juicio sobre la actuación de los partidos políticos que tenían representantes en la organización obrera.

Lo que queremos resaltar es que la huelga de la Ford significó el coletazo de una etapa de luchas de la clase obrera en el que la organización de base, los métodos asamblearios, la huelga y la acción directa (con claras reminiscencias de la historia de lucha forjada por la clase obrera argentina) fueron el objetivo a derrotar por el Estado, la empresa y el sindicato con el fin de desarmar política, ideológica y organizativamente a la clase de vanguardia, en función de la necesidad de domesticar al movimiento obrero y de neutralizar cualquier tipo de resistencia de clase a los planes que los monopolios fraguaban para el país.

Para ello no se privaron de utilizar todo el aparato ideológico y represivo del Estado en una muestra cabal de todo un cambio de época que se abría en la lucha de clases.

LA CAÍDA DEL GOBIERNO DE ALFONSÍN Y LA "PREPARACIÓN" DE LOS 90

Luego de la derrota de la huelga de la Ford el panorama de luchas cambió radicalmente, tanto en los métodos como en los actores.

Si bien con la implantación del Plan Austral la CGT comandada por Saúl Ubaldini había promovido dos paros generales (con un alto acatamiento), el papel de esta central y de la burocracia sindical en su conjunto tomó un nuevo impulso.

La CGT pasó de nuclear las demandas obreras contra las políticas del radicalismo a convertirse en una expresión de la política electoral del Partido Justicialista (PJ), lo que devino en un creciente y marcado descenso del poder de convocatoria y acatamiento de las marchas y paros que esa organización promovía.

Al mismo tiempo, los reclamos de los sectores de la producción fabril fueron limitándose en el marco de las conveniencias de las burocracias de los gremios, mientras paralelamente aumentaba la protesta y movilización de los sectores de servicios, en particular los sectores ligados al Estado.

Trabajadores de las distintas ramas de la esfera estatal, docentes, sectores de la salud, fueron configurando una resistencia a los avances en las intenciones de la privatización de empresas y servicios proveídos por el Estado que ya promediando la década del 80 eran políticas pro-

movidas por el poder monopolista y que se verían coronadas definitivamente en los 90.

El centro de gravedad de la luchas pasó así de las huelgas y tomas de empresas a la manifestación callejera, apuntando al reclamo al poder político (siendo la Plaza de Mayo y la Plaza de los Dos Congresos los escenarios principales de la protesta) pudiéndose marcar como una de las más relevantes la denominada "Marcha Blanca" protagonizada por el gremio docente, manifestación que recorrió desde distintos puntos del país para desembocar en la Ciudad de Buenos Aires, acumulando en su transcurso y en la finalización una gran adhesión popular.

De esta manera las protestas ya no apuntaban al ataque a la producción, por lo que las mismas se iniciaban con un gran impulso, incluso consiguiendo parte de sus demandas, pero con el límite objetivo de no golpear allí donde los intereses de la burguesía monopolista están afincados realmente.

Esta característica de esta etapa podríamos decir que hasta fue promovida por el poder dominante y sus lacayos de todo pelaje como parte de desactivar la expresión de la contradicción fundamental capital-trabajo y la consecuente ausencia de la clase obrera en la intervención política nacional.

Se materializaba así una muestra más de la deliberada política de la burguesía monopolista por desactivar cualquier manifestación y organización clasista de la clase de vanguardia, en un ataque a la misma que tenía su correlato en el plano de la lucha de clases mundial y que se vería profundizado con la caída del campo socialista.

LA DÉCADA DEL 90, EL "FIN DE LAS IDEOLOGÍAS" Y LOS DESOCUPADOS

Dijimos que ya a finales del gobierno de Alfonsín se manifestó la resistencia a las privatizaciones de las empresas estatales. Entre 1988 y 1991 se produjeron en las ciudades de Tartagal y Mosconi (provincia de Salta) importantes acciones de lucha de los obreros petroleros contra la entrega de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), que culminó en una pueblada en septiembre de 1991 que sería prolegómeno de otras manifestaciones de esas características durante esa década.

Pero antes es necesario un pequeño pantallazo de los principales rasgos del gobierno pe-

ronista encabezado por Carlos Saúl Menem 11 desde julio de 1989.

La llegada de este gobierno estuvo precedida por un proceso hiperinflacionario monumental que licuaba día tras día los ingresos del pueblo. Menem, que había llegado prometiendo la "revolución productiva" y el "salariazó", luego de dos primeros años en los que se dirimieron pujas inermopolistas (que no vamos a analizar aquí) implantó en 1991 la llamada "Ley de Convertibilidad" por la que se realizó un cambio de la moneda y se la equiparó con el dólar.

La fantasía de "un peso, un dólar" sirvió para realizar una enorme transferencia de ingresos de los sectores asalariados en beneficio de los monopolios que, luego de las pujas mencionadas, habían sentado sus reales.

El papel del capital concentrado, altamente trasnacionalizado, significó una nueva reconfiguración de la base productiva en la Argentina en la que se consolidaban los cambios impulsados en la dictadura militar.

Para ello, jugaron factores internos y externos que permitieron esa transformación.

En lo externo, la alianza del gobierno con los poderes imperialistas más concentrados, encarnados en la hegemonía de los Estados Unidos como resultado de la caída del campo socialista, fue determinante.

Allí se manifestó y profundizó el entrelazamiento del capital de origen nacional con el trasnacional que expresaba una nueva configuración del poder en la Argentina y el papel que el país jugaría en la nueva "división" del mundo.

Al mismo tiempo, la caída de los países socialistas alimentó un furibundo ataque ideológico que determinaba "el fin de la historia", el triunfo definitivo del capitalismo y la desaparición de la clase obrera como clase revolucionaria.

Esta andanada política e ideológica significó al interior del país un alto grado de consenso social a las políticas de liberación económica, de facilitación para la radicación de capitales, de privatizaciones y de desarme aun más pronunciado de la capacidad política de los sectores obreros.

Todo ello acompañado por una profunda reconversión tecnológica en la base productiva, promovida por la necesidad del capital de aumentar la inversión del capital constante para tener mejores condiciones en la competencia interburguesa, con el consiguiente descenso del capital variable (la fuerza de trabajo) que desembocó en una desocupación nunca antes vista en el país.

12 A finales del mandato de Menem la tasa de desocupación trepó a 21%; esto significó que en toda esa década la acción de la clase obrera, junto al retroceso político e ideológico que venimos mencionando, se viera altamente condicionada y, como consecuencia, el carácter de las luchas se manifestará desde esta debilidad estructural de la clase de vanguardia.

De esta forma, junto a la acción de los sectores ligados al Estado (como ya venía sucediendo) aparece un actor hasta aquí desconocido en la historia de la lucha de clases argentina: los desocupados.

Este movimiento de lucha estaba integrado por los sectores desplazados de la producción, principalmente los de las empresas privatizadas que, si bien habían presentado resistencia a la política de los monopolios, habían sido derrotados.

Los obreros de la antigua SOMISA (hoy Siderar) de San Nicolás; telefónicos, ferroviarios, trabajadores del gas y la electricidad, petroleros, fueron los que encabezaron ese período inicial y los que engrosarían, junto a sectores de la clase obrera desplazados de la producción privada, el enorme ejército de desocupados.

Además de las mencionadas luchas de Tartagal y Mosconi se sumaron Cutral-Có y Plaza Huincul (provincia de Neuquén) y diversas manifestaciones en distintas regiones del país en la que se retomaban metodologías de lucha con contenido de democracia obrera, expresada en las denominadas autoconvocatorias.

Este proceso además utilizó la metodología del piquete y los cortes de ruta que, en alguna medida, reemplazaban la huelga y la toma de establecimientos. Impedidos por encontrarse fuera de la producción este movimiento reemplazaba ese impedimento con el bloqueo a las plantas de producción, atacando así como se podía, el corazón de los intereses de la burguesía en clara contraposición de las manifestaciones que expresaban las demandas al poder formal del Estado sea este el gobierno o el parlamento.

El llamado "movimiento piquetero" se convirtió así en un actor clave de la lucha de clases que, con el correr de los años, iría contribuyendo a mellar poco a poco el consenso político con el que el llamado menemismo comenzó a gobernar, acompañado del agotamiento de ese modelo implementado que provocaba nuevos padecimientos a cada vez mayores sectores de la población.

Se iba moldeando así la crisis económica y social que derivaría en una profunda crisis política que derivaría en los estallidos de 2001, proceso que desarrollaremos en sucesivos artículos como así también el imprescindible análisis de la actuación de las fuerzas revolucionarias en toda la etapa analizada, en particular la de nuestro Partido.

Como **conclusión general** queremos manifestar que la actual situación de debilidad de la clase obrera en cuanto a su papel en la lucha política nacional está atravesada por el triunfo de la ideología de la clase dominante sobre las ideas revolucionarias durante la etapa analizada, con la consecuente supremacía de las concepciones políticas y organizativas de la burguesía que se expresan en la conciliación de clases y en el límite que se impone para la lucha en los marcos de la "representatividad" que conlleva la democracia burguesa.

En ese contexto, dicho triunfo no será definitivo en la medida que podamos sintetizar toda esta experiencia histórica, analizar aciertos (y, sobre todo, errores) y definir las tareas impostergables de la etapa que hoy transitamos.

Las mismas las venimos manifestando en nuestro programa de acción política votado en 17º Congreso de nuestro partido, en la política de construcción que llevamos adelante fundamentalmente en la clase de vanguardia y en las tácticas que desarrollamos en otros artículos que ponemos en consideración en otros medios de nuestra propaganda cotidiana. ★

(1) Datos obtenidos de "Estadísticas del Australazo", Latinoamérica. En su realidad política, social y cultural, N° 18, septiembre de 1985, p. 5. De la información relevada en distintas publicaciones pudimos observar que durante este período también fueron tomados los siguientes establecimientos: metalúrgica Volcán, frigorífico Tres Cruces, Banco Italia y Banco Juncal (Capital Federal); Banco de la Empresa Cooperativo y textil Tejidos Universal (Mar del Plata); cementera "Juan Minetti" y bodegas Furlotti (Mendoza); baterías "Buscema" (Paraná), frigorífico "Formosa" (Formosa), Banco Regional Cooperativo (Córdoba), cristalería La esperanza (Bernal), plásticos Viplastic (Buzaco), neumáticos Firestone (Lavallol), metalúrgica Carrasco, Acero Bragado y cristalería Cuyo (Rosario), compilados en el trabajo "La democracia del *Nunca más* y el movimiento obrero. La ocupación obrera de la planta Ford de General Pacheco en 1985", Leandro Molinaro.

LA CLASE OBRERA Y SU PARTIDO

La clase obrera necesita de un Partido y en ello estamos poniendo un esfuerzo denodado. Un partido que cuente con la ciencia del proletariado, el Marxismo-Leninismo, que asimile en la lucha el materialismo histórico y dialéctico.

Que pueda incorporar en sus filas a la vanguardia de su clase y a destacamentos revolucionarios de otros sectores de la sociedad, para poder ir materializando (subordinado a los planes políticos que se van trazando) los pasos hacia la revolución.

La construcción de un partido revolucionario en nuestro país se sustenta en aspectos esenciales ampliamente desarrollados en varios números de nuestra revista. A saber:

- a.- Carácter de clase del mismo.
- b.- Reconocer la lucha de clases como motor de la historia.
- c.- El concepto clasista del Estado.

Tres pilares para sostener una organización capaz de encauzar todas las fuerzas proletarias y populares hacia la toma del poder y construir una sociedad socialista hacia el comunismo.

Cuando hablamos de partidos políticos hacemos una diferencia clasista de los mismos ya que en ellos se expresan intereses de clases bien definidos.

Están los partidos políticos de la burguesía, que en la época del CME (Capitalismo Monopolista de Estado) no tienen empacho en reflejar y expresar sus intereses de clase con personeros directos de los más grandes

conglomerados transnacionales. Sus programas son claros en la defensa del sistema capitalista que los cobija y el sostener un Estado burgués para lograr los objetivos fundamentales que los mueve.

Este ha sido un proceso que se ha ido profundizando con el derrocamiento de Perón con la "Revolución Libertadora", un clásico golpe de Estado que iba a dar "inicio" (si es que se lo puede caracterizar así) a un largo período histórico que se extiende hasta nuestros días. En donde las instituciones del Estado pasarían a manos directas de los monopolios y con ello las pujas exacerbadas de los intereses en pugna de esa clase parasitaria.

En este largo período aparecieron y desaparecieron decenas de partidos políticos burgueses y con ellos (en la misma senda de sostenimiento del sistema capitalista) una andanada de partidos políticos pequeños burgueses avalando su existencia en la denominada **conciliación de clases**.

14 Momentos en donde el Estado de los monopolios afirmaba “*sus reales*” a lo largo de esos años y en un marco de lucha de clases con picos de enfrentamientos de ese tenor, que hicieron estremecer al poder burgués.

Hacemos referencia directa a la década del '70 con sus inmediatas raíces anteriores de las luchas proletarias de los años '60, que se fueron sintetizando luego de una resistencia cristalizada en el Cordobazo.

Desde la “Revolución Libertadora” hasta la caída de la última dictadura militar, la lucha de clases pasaría por más de dos décadas en donde la clase dominante cimentaría su dominación en la alternancia entre el “garrote” y “la zanahoria”. O sea, golpes de Estado / “democracia” burguesa. Y en ese péndulo, la lucha de clases se expresaría por infinitos poros en donde la clase obrera industrial jugaría un papel protagónico.

Fuertes movimientos de masas proletarias y populares se expresaban en esas alternancias y con ello el peso de los partidos políticos burgueses de todo carácter que sabían navegar en esas aguas turbulentas. El peronismo con Perón y sin Perón, y el Radicalismo con su vertientes tradicionales como la UCRI pesaban a la hora de ocupar un puesto protagónico, en adecuar el Estado burgués a las necesidades del monopolios.

Partidos de la burguesía que iban dejando atrás el Capitalismo de Estado en un juego de cintura de la tenaz lucha de clases. Las seguidillas de golpes de Estado / democracia burguesa eran la expresión más clara del proceso de lucha de clases existente, en donde el proletariado iba a ser determinante para frenar la voracidad del Estado monopolista en posicionarse como opción del “sueño” argentino.

En esas idas y vueltas de la historia recorrida, la aparición de fuerzas políticas aumentaba sin cesar. Las tradicionales, peronismo-radicalismo se enfilaban seriamente y con rápidos reflejos para sustentar un Estado Monopolista. No fue un proceso claro. Por el contrario, esas fuerzas de un carácter popular en sus cunas y raíces debían transitar el sabor amargo de mostrarse con su carácter de clase y comenzar el largo proceso de desgaste político que ello implicaba para todo el pueblo explotado y oprimido.

Sin embargo “*el Garrote*” y la “*Zanahoria*” iban a recibir un fuerte llamado de atención cuando la lucha de clases exigía a gritos la aparición de una alternativa política independiente de esos vaivenes propuestos por la clase dominante.

La aparición de nuestro Partido y la de otros destacamentos revolucionarios impulsando programas sus programas fundamentados en el carácter de clase de la organización ponían sobre la mesa un camino independiente a el de los partidos de la burguesía y de los partidos pequeños burgueses, *amantes* de la conciliación de clases (como el Partido Comunista) que habían abandonado todo vestigio por el cual había sido fundado en nuestro país.

Comenzaba una nueva calidad de la lucha de clases cuando éstas fuerzas políticas revolucionarias, independientes ponían sobre la mesa de la lucha de clases, la lucha por el poder, la construcción de un Estado proletario, construir una sociedad socialista hacia el comunismo.

Fueron años en donde se condensaron experiencias imborrables para la memoria de nuestra clase.

Sin embargo y a pesar haberse masificado un ideal revolucionario en nuestro pueblo, las fuerzas de la revolución fueron insuficientes para encausar las fuerzas proletarias y populares para derrotar el proceso abierto de concentración económica y avanzar hacia la revolución. Se abrió paso la peor dictadura que padecimos, con cierto apoyo de una base social pequeño burguesa y el aval abierto o silencioso de las fuerzas políticas burguesas ya mencionadas.

Años difíciles marcados por las derrotas en varios planos de nuestra sociedad.

Una noche oscura que solo iba a tambalear cuando -una vez más- nuestra clase obrera comenzaba un proceso de reanimamiento que de hecho carcomía las bases de la dictadura. La misma que ya no era garantía de poder sostener el proceso de concentración iniciado dos décadas antes.

La movilización por las libertades políticas una vez comenzada no se detendrá hasta la caída de la dictadura y la instauración de lo que hoy ya llamaríamos el proceso más largo de “democracia” burguesa vivido en nuestra historia.

Las fuerzas políticas revolucionarias surgidas en los '60 y '70, sumidas en la derrota (entre ellas nuestro Partido). Con sus fundadores asesinados, miles y miles de obreros, estudiantes, maestros, intelectuales, explotados y oprimidos muertos o desaparecidos, y otros tantos poblando las cárceles y el exilio. Pero a pesar de todas esas vicisitudes (y Malvinas de por medio) la clase obrera se puso al hombro la lucha contra la dictadura.

La derrota de ese poder “omnipotente” (el “garrote”) da paso a la irrupción de la “Democracia Representativa” como mejor forma de dominación de la burguesía ya encaminada en el C.M.E. Iba a poner de manifiesto -nuevamente, pero con otros ropajes- a los partidos políticos burgueses como instrumentos directos de los monopolios para garantizar una gobernabilidad estable en los marcos democráticos impuestos de la época.

También pulularon alternativas políticas pequeñas burguesas como el PI (Partido Intransigente), nuevamente el PC (Partido Comunista) y otras agrupaciones que aspiraban al sueño de la conciliación de clases, creando expectativas en el sistema democrático en un marco cada vez más estrecho impuesto por el capital monopolista.

Las organizaciones revolucionarias como nuestro Partido comenzaban un proceso de reconstrucción en donde el centro del problema consistía en constituirse nuevamente como un partido de la clase obrera, Marxista Leninista, recogiendo las mejores tradiciones de nuestra clase obrera para sintetizar nuestro accionar en los marcos propuestos de una época histórica que jamás nuestro pueblo había vivido.

Un Partido político del proletariado inserto en los marcos nacionales e internacionales de la mayor ofensiva ideológica de la burguesía monopolista contra las ideas socialistas y comunistas.

Los revolucionarios conocíamos el carácter de una democracia burguesa, pero tuvimos que transitar esos primeros pasos haciendo esa experiencia. Y lo hicimos no sin errores. Revirtiendo y siendo profundamente críticos de los pasos dados, nunca perdimos de vista el carácter de clase de esa democracia burguesa y ello nos ayudó a sostenernos a pesar de todas las dificultades.

En esa ofensiva, la clase dominante se llevó puesta la idea de la necesidad de construir un partido político de la clase obrera cuyo objetivo fuera la lucha por el poder y la construcción de una sociedad socialista.

Había que sostenerse en los pilares que mencionamos al inicio de este artículo y había que hacer la experiencia insertos en una democracia burguesa que aparecía ante los ojos de las grandes mayorías proletarias y populares como “*la nueva esperanza de lograr una vida digna*”.

Pero la lucha de clases también iba a ir por todo y era necesario sostenerse en la idea de

construir una fuerza política proletaria. La 15 democracia burguesa rápidamente iba a mostrar los sinsabores de sus propias limitaciones cuando en el plano político sus partidos burgueses y pequeños burgueses volcarían sus principales esfuerzos en ocupar el lugar de privilegio para satisfacer al capital monopolista.

Unos con el afán con el que fueron creados y otros frenando la creciente efervescencia de las masas movilizadas por avanzar en las libertades políticas y las conquistas económicas.

Fuerzas políticas que con el correr de los años y sometidas a la lucha de clases se iban a transformar en fuerzas políticas andrajosas (como lo son hoy) intentando la defensa de un régimen democrático burgués a ultranza.

Cuatro décadas de democracia burguesa que pasaron por experiencias imborrables para la memoria de nuestro pueblo.

El Santiagueñazo, Cultra-Có, el Corentinazo, el 2001 y en medio de todas ellas sendas movilizaciones que iban marcando a fuego los inicios de un proceso en donde nuestro pueblo iba a golpear con una incipiente autoconvocatoria, por fuera de las instituciones del Estado y de sus partidos políticos burgueses y pequeños burgueses.

Pero era necesario ir sintetizando ese proceso histórico desde una concepción de clase, de interés de clase de toda esa experiencia. Darle el valor del papel de las masas en los cambios revolucionarios y de cómo esa autoconvocatoria aparecía para quedarse en el escenario de la lucha de clase hasta nuestros días.

Sin embargo, la burguesía no durmió. Intentó asimilar los hechos históricos que producían las masas y nuevamente sus fuerzas políticas y las fuerzas políticas pequeñoburguesas intentaron por todos los medios usar o liquidar todo intento independiente de las conductas de lucha que se iban tomando de forma colectiva.

Los revolucionarios, los destacamentos como nuestro Partido con una débil inserción en la clase obrera y en general en el pueblo y sometidos al fuego directo contras las ideas revolucionarias, no teníamos las fuerzas más básicas para encausar todos estos cauces hacia un cambio revolucionario.

La ideología burguesa (y con ella la democracia burguesa, andrajosa) caminaba haciendo gala de ser la única opción “delegando” a nuestros representantes la deliberación y el gobierno, escondiendo el interés de clase de esa forma de gobierno.



Pero la embrionaria organización revolucionaria de diversos destacamentos como el nuestro comenzó a poner sobre la mesa el verdadero contenido de la autoconvocatoria y de cómo la misma que apareció en el Santiaguense, con un fuerte contenido espontáneo, con el correr de las décadas fue adquiriendo nuevas prácticas.

Se fue masificando (y de hecho está registrado en la memoria colectiva de nuestro pueblo) que esa metodología - de una u otra forma - es un permanente freno a las políticas llevadas a cabo por los partidos políticos que expresan los intereses de los monopolios y que hasta el día de hoy ocupan las instituciones del Estado Monopolista.

Ese ataque virulento en el plano ideológico a la hora de constituir una fuerza política proletaria en el seno de la clase obrera y el pueblo, nos juega en contra. La clase dominante se ha hecho fuerte en el concepto de la democracia representativa, del artículo 22 de la Constitución Nacional que dice: *el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes*, concepto que tiñe no sólo a las fuerzas políticas del sistema, sino que pesa en todo el andamiaje sindical.

Para enfrentar esta idea básica que penetra desde la niñez se necesita de una fuerza política proletaria que en su programa conlleve no sólo las aspiraciones de nuestra clase obrera y del pueblo, sino que haga centro en un plan revolucionario capaz de encausar todas las fuerzas acumuladas hacia la revolución.

No son suficientes las luchas autoconvocadas, el ejercicio de asambleas que se van extendiendo cada vez más y con cierto grado de organización. Tampoco serán suficientes las asambleas que van surgiendo con el ejercicio de la democracia directa sino fortalecemos una fuerza política partidaria proletaria que pueda encausar todos esos torrentes hacia la revolución

Y ello se hace con fuerza concreta, con organización que pueda sostener su programa revolucionario con la elaboración permanente de planes revolucionarios elaborando las tácticas en cada momento de la lucha de clases.

Un partido proletario independiente de la clase burguesa y pequeñoburguesa que en esta fase de nuestra historia se han puesto a defender la democracia representativa.

Lo que incluye a las fuerzas de izquierda electoralistas, "combativas" en el parlamento y conciliadoras en las barricadas.

La clase obrera necesita de un Partido y en ello estamos poniendo un esfuerzo denodado.

Un partido que cuente con la ciencia del proletariado, el Marxismo-Leninismo, que asimile en la lucha el materialismo histórico y dialéctico.

Que pueda incorporar en sus filas a la vanguardia de su clase y a destacamentos revolucionarios de otros sectores de la sociedad, para poder ir materializando (subordinado a los planes políticos que se van trazando) los pasos hacia la revolución. ★

